

## Capítulo 2: Ylmaria

La esfera se iluminó, se abrió la puerta y Kyro salió, mirando a todas partes un poco desorientado. Estaba en lo que parecía una pequeña gruta, iluminada sobre todo por la luz que entraba por un agujero no demasiado grande; apenas poco más de lo mínimo para que pasara un ser humano. Cuando el viajero salió la puerta de la esfera se cerró tras él y su luz se apagó completamente, volviendo su superficie a su color negro profundo. El chico la miró.

*Al ver cómo el portal se cerraba para siempre tras de mí me sentí como si súbitamente me hubieran sacado de la realidad.*

Apoyó sus manos sobre la esfera. No hubo reacción, ahora era un objeto muerto.

*Estaba en mi casa, todo estaba bien, y de repente me habían contado una historia y me habían empujado por un camino sin vuelta atrás.*

El viajero se volvió de nuevo hacia la salida de la gruta.

*Nadie me había preguntado qué pensaba yo de todo aquello. En realidad ni siquiera yo me había cuestionado lo que me dijeron.*

Avanzó hacia la abertura y se sujetó con las manos para acceder al exterior.

*Hasta ese momento.*

Salió y se encontró un paisaje que jamás hubiera esperado. Estaba en medio de la nada, un desierto de piedras y tierra rojiza sin rastro alguno de vida. Miró a su alrededor absolutamente atónito: si el terreno le resultaba desconocido, el cielo era lo más sorprendente. Su color era algo más amarillento de lo normal, como si hubiera arena flotando en el ambiente; y lo más increíble, no estaba soñando, había dos soles en el firmamento.

*Al encontrarme solo y perdido en aquel mundo extraño, al comprender por fin hasta qué punto todo había cambiado,*

Kyro se llevó las manos a la cabeza, sin poder creer lo que veía. Dio vueltas sobre sí mismo con los ojos abiertos al máximo y expresión desencajada.

*sabiendo que no era capaz de cumplir la misión que tenía encomendada,*

Cayó de rodillas y bajó las manos por su rostro hasta taparse la boca, sin cerrar los ojos mirando hacia donde flotaban los dos soles.

*fue cuando me pregunté si realmente quería, desde mi corazón, seguir adelante.*

Comenzó a llorar amargamente.

*Pasar toda mi vida viajando, dejándolo siempre todo atrás, para al final del camino renunciar incluso a mis recuerdos.*

Se dejó caer completamente hacia delante sobre el suelo, sin parar de llorar.

*Me hice a mí mismo la pregunta, y descubrí que mi único deseo era la muerte.*

El viajero se quedó, inerte, tumbado en medio del desierto.

- Sí, está vivo. Ya os lo dije, estúpidos descreídos, ¿no es verdad? Para que aprendais a hacer caso de lo que dice el viejo Baku. El chico es fuerte, decía, y vosotros como siempre pensábais también que el viejo Baku está loco. Como todos, todos esos estúpidos descreídos que no hacen caso de lo que dice el viejo Baku.

Kyro oyó la voz antes de poder abrir los ojos. Trató de moverse con cierta dificultad.

- Espera, chico de la esfera, deja que el viejo Baku te ayude. Has estado mucho tiempo quemándote ahí fuera hasta que te he encontrado, con esa piel pálida bastante tienes con estar vivo. ¡Estos idiotas descreídos no te echarán una mano, seguro! Pero el viejo Baku es tu amigo.

El viajero abrió los ojos lentamente y vio a quien le hablaba: el viejo era un manojo de huesos y pellejo oscuro, reseco y arrugado por las inclemencias del tiempo, vestido con harapos. Tenía una barba gris sucio completamente despelusada, los ojos parecían desorbitados y miraban fijamente al chico mientras continuó hablando sin parar.

- Tú vienes de la esfera negra, ¿verdad? Eres el siguiente, el que llevaba esperando tanto tiempo, y mi padre antes que yo, y su padre, y el padre de su padre. Taaaaaanto tiempo esperándote y estos idiotas descreídos diciéndome que el viejo Baku estaba loco. ¡Hahá! Ahora se disculpan, míralos ahí avergonzados -señaló al aire alrededor suyo- pero todo este tiempo no han hecho más que reírse de mí.

Kyro miró a su alrededor: allí no había nadie más. Estaba en una gruta parecida a la que escondía a la esfera, pero aquí había algunos muebles rudimentarios que revelaban su uso como vivienda: una piedra lisa sostenida por otras amontonadas hacía de mesa, un camastro hecho con trozos de algún tipo de tela, restos de fuego cerca de una abertura por la que entraba algo de luz. El viajero estaba ahora vestido con harapos parecidos a los de su interlocutor, y no parecía sufrir daños importantes.

- ¿Sabes hablar? -preguntó el viejo, acercándosele tanto que sus narices casi se tocaron-. ¿Vienes de la esfera?

- Hablo tu lengua -contestó Kyro-. ¿Quién eres?

- ¡Hahá! Mirad todos -miró hacia atrás, a nadie-, el chico desconfía. El viejo Baku le salva la vida y no se fía de él; si no fuera por el viejo Baku ahora estaría muerto, pero ya tiene energías para hacer preguntas. ¿Cómo? Ah, sí, claro... ¡Es la prueba!

Volvió a mirar a Kyro.

- Soy el guardián de la esfera, y te lo demostraré. Conozco el signo, ¡toda mi familia lo conoce!

Se apartó un instante para coger un palo, y con él dibujó en el suelo la marca de una mano con los dedos ligeramente cerrados igual a la que había junto a la primera esfera, la que despertó a la piedra mágica. Kyro se sorprendió.

- ¡Hahá! ¿Lo ves? Mis antepasados ayudaron al que vino antes que tú, y me enseñaron la marca del viajero. Yo soy el guardián de la esfera, y tú vienes de su interior. ¿Verdad?

Kyro tardó un momento en responder.

- Soy el viajero. Vengo de la esfera -asintió.

Baku dio un salto.

- ¡Hahá! ¿Habéis oído eso, idiotas descreídos? -exclamó, mirando alrededor-. ¡Taaaanto tiempo riéndoos del viejo Baku! ¿Y ahora quién se ríe? Tú, que me llamaste loco mil veces, ¿qué dices? ¿Eh? Y tú también, ¡no lo he olvidado! ¡Todos vosotros! Hasta el propio Balod pensó mal de su padre, ¡id a Damdal y decidle que venga aquí a cumplir con el deber de su familia! Ya veréis cuando lo sepa, ¡se avergonzará de sí mismo! Balod, espera que vengas a pedirme perdón, ¡aprenderás a respetar a los tuyos!

Kyro se levantó, aún con algo de esfuerzo. Mientras Baku refunfuñaba el viajero llegó hasta la abertura que daba al exterior y salió.

El paisaje era desolador: ahora sólo estaba en el cielo uno de los soles, pero aún había luz más que suficiente para ver que allí no había nada más que tierra y piedras en todas direcciones hasta el horizonte. El chico se quedó mirando fijamente en dirección al poniente mientras se frotaba la nuca, justo en el lugar donde tenía la piedra mágica. Unos instantes después salió Baku.

- ¿Hacia allá? No, viajero, ese camino sólo te llevará hacia la maldición y la muerte. Es mejor ir al sur, ¡Ludiuja es una gran ciudad! ¡En ella encontrarás lo que buscas!

- ¿Qué hay por allí? -Kyro no desvió la vista.

- Ése es un mal sitio, viajero. No vayas. Damdal es una ciudad maldita y muerta, todos allí están malditos y muertos. Y más allá duermen los fantasmas gusanos, en el Paso de la Sombra entre las montañas que desde hace muchas estaciones ya nadie se atreve a cruzar. ¡Vosotros, decídselo!

- Baku, te doy las gracias: te debo la vida -miró al anciano un momento, y de nuevo hacia la puesta de sol con gesto pensativo-. Ahora creo que... debo seguir mi camino.

- No te convenceré, ya lo veo, así que pronto morirás. ¡Espero que el próximo viajero sea más listo que tú!

Kyro se volvió hacia él.

- Soy el último. Mi mundo ha sido destruido, no vendrá nadie más.

Baku se sorprendió y reaccionó muy alterado.

- ¿Tú también? Igual que todos ellos, ¿me vas a decir que me vaya de aquí y abandone mi deber? ¡Soy el guardián de la esfera! -gritó golpeándose el pecho, indignado-. ¡Como mi padre antes que yo, y mi hijo cuando venga a pedirme perdón! ¡Debí haberlo sabido! Me arrepiento de haberte salvado la vida, ¡eres un idiota descreído como los demás! ¡Vete a donde quieras, haz que te maten, y déjame cumplir con mi destino en paz!

Se volvió, furioso, y entró a la cueva de nuevo rápidamente.

- ¡Maldito seas!

El viajero se quedó mirando la abertura por la que acababa de desaparecer el viejo Baku. Pensó unos instantes, luego miró hacia el horizonte y de nuevo a la cueva. Finalmente respiró hondo, miró hacia el sol que ya se ocultaba, y poco después comenzó a caminar siguiendo el camino de los soles.

Desde lejos Damdal se veía como un pueblo bastante grande, pero al llegar el viajero se dio cuenta de que la mayoría de las casas estaban abandonadas o destruidas: puertas rotas, escombros, se veían algunas personas dispersas por allí pero el lugar parecía casi deshabitado. Kyro se acercó a un hombre, de piel muy oscura como todos los demás, que cargaba unos sacos en un carro; rodeó cautelosamente al animal que tiraba de él: parecía un reptil sin cola y era algo más grande que un humano, jamás había visto nada igual.

El hombre le indicó cómo llegar al lugar que buscaba. Kyro se lo agradeció y continuó su camino, observado sin disimulo por quienes se encontraban por allí. Poco más tarde llegó a su destino, una casa pequeña y de aspecto descuidado, y llamó a la puerta: le abrió una mujer de aspecto curtido y enjuto, que le miró de manera interrogante.

- ¿Quién eres?
- Busco a Balod. ¿Vive aquí?

Ella le escudriñó con la mirada un momento.

- Voy a llamarle. Espera -dijo, y cerró la puerta.

Instantes después se volvió a abrir y apareció un hombre de apariencia tan pobre y triste como su casa.

- ¿Quién eres? -dijo también.
- Soy... Vengo de la esfera -contestó Kyro-. Debo hablarte.

Balod abrió completamente los ojos y la boca por la sorpresa, petrificado.

- Tú eres... -no dijo nada más.
- Sí. He estado con tu padre. ¿Puedo entrar?

Balod se apartó rápidamente, abriendo la puerta para dejar pasar al viajero.

- Sí, sí, claro... Entra, entra, por favor. Yo... ¡Toola! -llamó.

El viajero entró mirando a su alrededor; la estancia era muy sencilla, sólo una mesa con un par de asientos en el centro y lo que parecían herramientas apoyadas ordenadamente en algunos salientes que había en una de las paredes.

La mujer apareció por una de las puertas y de nuevo se quedó mirando a Kyro con curiosidad.

- Ésta es Toola, mi mujer -Balod parecía nervioso-. Toola, trae agua a nuestro invitado -le pidió, y añadió:- Es... Es el hombre que mi padre dijo que vendría.

Ella no dijo nada, pero puso gesto de sorpresa y también se quedó inmóvil unos momentos antes de desaparecer. Balod siguió hablando.

- Siéntate, por favor. No tenemos mucho que ofrecerte, pero al menos compartirás nuestros alimentos.
- Te lo agradezco mucho, Balod. No puedo robarte tu comida pero es cierto que estoy sediento: me ha costado mucho encontrar algo que beber por el camino.
- Tenemos un grave problema con el agua y se ha convertido en un líquido muy valioso -Balod se sentó con él-. Pero dime, ¿realmente eres tú? Quiero decir, ¿es posible que de verdad vengas de...

Kyro levantó la palma de la mano.

- Ésta es la marca del viajero, que tu familia conoce bien -dijo.

Balod bajó la mirada, negando levemente con la cabeza mientras se mesaba los cabellos. Mientras tanto Toola trajo una jarra con un vaso, lo llenó y el chico bebió dándole las gracias mientras ella se sentaba también.

- Mi padre tenía razón: le he deshonrado. Todo este tiempo pensando que estaba... - no continuó.
- Baku me salvó la vida y por eso estoy aquí. Ahora él te necesita y sólo tú puedes ayudarlo.
- ¿Le ha pasado algo? -Balod pareció muy preocupado.
- No, no es eso. Pero... he pensado que debías saberlo. Yo soy el último viajero y se lo he dicho, pero él no ha querido creerme. Dice que esperará al siguiente y que tú deberías hacer lo mismo. Si no haces nada morirá solo en el desierto.

Toola intervino.

- Tu padre jamás saldrá de su cueva -dijo.
- Es cierto -contestó Balod, y miró a Kyro-; y mucho menos después de que tú hayas aparecido.
- Lamento no poder ayudaros -repuso éste, pensativo-, no conozco la solución a este problema. Sólo creí que debía decírtelo, era lo menos que podía hacer.
- Y yo te lo agradezco, viajero -Balod pareció animarse un poco mientras llenaba de nuevo el vaso de agua-. Pero bebe, por favor; has caminado mucho para darnos estas noticias, y te prepararemos el mejor sitio de la casa para que puedas descansar. Es lo menos que podemos hacer.

Kyro dormía disfrutando de la cómoda cama por primera vez desde hacía días. La habitación era muy sencilla y austera igual que el resto de la casa, pero le había parecido muy acogedora comparado con dormir a la intemperie. Las ventanas estaban tapadas por gruesos paneles de madera, lo que probablemente serviría para protegerse de las frías noches del desierto. No la necesitaba, pero le habían dejado una especie de minúscula lámpara encendida junto a la puerta: parecía una piedra muy pequeña ardiendo en un vasito con agujeros que dejaban colarse la luz, no molestaba y al acostumbrarse permitía ver algo en la oscuridad.

El chico descansaba profundamente cuando un ruido proveniente del exterior le hizo despertar. Abrió los ojos completamente alerta y aguzó el oído: lo había percibido claramente, un sonido agudo y largo que no conocía. Esperó unos instantes: allí estaba otra vez, algo más intenso. Un momento después sintió un leve, muy ligero temblor proveniente del suelo; como si no lejos algo hubiera sido arrancado violentamente de la tierra.

Se levantó y llegó hasta las contraventanas: las abrió, pero se encontró con la sorpresa de que bajo la madera la ventana estaba tapiada. Extrañado fue hasta la puerta, cogió la pequeña lámpara y salió al pasillo.

Al final del corredor las ventanas también estaban cerradas con madera, pero por entre las rendijas de éstas se podía ver que había luz detrás. Había algo en el exterior de la casa que debía brillar con enorme intensidad, y que además desde donde Kyro estaba daba la impresión de estarse moviendo con aquel sonido agudo desconocido para él.

Dejó la lamparita en el suelo y avanzó unos pasos cautelosamente. De repente se detuvo y miró atrás.

- No te acerques a la ventana, por favor -Balod hablaba con cierta alarma en su voz. Sostenía en la mano otra lamparita como la que le habían dado a su invitado-.

- Balod, ¿qué pasa?

- Vienen a veces, pero si no te ven no son peligrosos. No debes asomarte, nos pondrías en peligro a todos.

- ¿Qué es lo que está ahí fuera?

Balod respiró hondo; pareció como si no lo hubiera hecho desde hacía un buen rato.

- Son los fantasmas. Déjalos y vuelve a dormir, confía en mí; vienen algunos de vez en cuando, pero no llames su atención y se irán pronto. Si todos nos quedamos en nuestras habitaciones no pasará nada. Por favor, viajero.

Finalmente Kyro hizo lo que le pedían. Volvió al dormitorio, cerró la puerta y dejó la luz en su sitio, tras unos instantes se metió en la cama y efectivamente poco después dejó de oír ningún otro ruido. Sin embargo no pudo conciliar el sueño de nuevo.

- Ya estás levantado -le saludó Toola cuando Kyro apareció en la habitación principal de la casa, donde antes habían hablado-. ¿Has descansado bien?

- Casi no recordaba cuándo fue la última vez que había estado en una cama de verdad -sonrió-. Os lo agradezco mucho. Tampoco sé cuándo volveré a hacerlo, así que no lo olvidaré.

- ¿Te marchas?

- Debo seguir mi camino -contestó el viajero-.

Ella pareció titubear.

- ¿Puedo... Puedo hablarte? Me gustaría pedirte un favor.

- Sí, claro -Kyro se sorprendió por la actitud de la mujer, que pareció mostrar una timidez que no había visto en ella hasta ese momento.

- Verás... Nosotros somos gente sencilla. Vivir aquí es duro pero nos conformamos con lo que tenemos, y no nos hemos marchado porque aquí nos hemos criado y no sabríamos qué hacer en otro sitio.

Se interrumpió un instante, parecía que le costaba decir lo que quería. El viajero esperó.

- Mi esposo... Nosotros no tenemos nada más que lo que ves, pero su padre siempre ha vivido con el orgullo de tener una misión importante, que ha pasado de padres a hijos desde siempre. Baku es un hombre difícil, y siempre le ha echado en cara a su hijo que estaba faltando a su deber y a sus antepasados; nosotros siempre creímos que toda esa historia era otra de sus rarezas, pero al final fue una de las razones que les llevó a pelearse hace tiempo y hoy ni siquiera se hablan. Esto le ha dolido mucho a mi esposo, pero es que además ahora tú...

- ...Yo soy la prueba de que era cierto; de que Balod no ha estado a la altura de su destino y de su familia -concluyó Kyro-.
- Tú eres muy joven, se nota, pero he pensado que quizá... podrías... hablar con él. Decirle algo, algo que le haga sentirse mejor. Yo lo he intentado y no ha servido para nada, él está hundido; pero tú eres el viajero, eres el único que puede ayudarle a recuperar su orgullo.

El chico bajó la vista, pensativo.

- Soy joven, es cierto; pero sé lo que es sentirse incapaz de cumplir con el destino, y con... la familia -se interrumpió un momento, y levantó la mirada-. Tu esposo es un hombre bueno que ahora mismo se siente perdido, pero llegará su momento y encontrará su camino. No te preocupes, cuando tenga oportunidad hablaré con él.

Aunque Damdal parecía por partes una ciudad en ruinas Kyro se cruzaba con algunas personas aquí y allá. Le miraban con curiosidad, aunque todos parecían pacíficos. Mientras caminaba algo llamó su atención: parecía una piedra lisa tapando una abertura en la pared por la que descendía algo parecido a una pequeña tubería abierta preparada en apariencia para dejar caer algún líquido al quitar la piedra. Junto a esto había un cubo colgando en un clavo, evidentemente para recoger el líquido. "¿Una fuente?", se preguntó el viajero. Movi6 la piedra pero parecía seca; miró en el cubo y pudo apreciar que estaba muy sucio y deteriorado, nadie lo había usado desde hacía mucho.

Hubo otra cosa que encontró que le hizo detenerse: una de las edificaciones abandonadas tenía grabado en la piedra sobre la puerta el signo de Varomm, exactamente igual al que había en la entrada a la Ciudad Sagrada que él había conocido. Aquello había sido un templo, aunque ahora no eran más que ruinas.

Finalmente, poco después llegó al lugar que buscaba: una pequeña construcción, no mucho más alta que un hombre, que destacaba sobre el resto por su forma redonda y su aspecto cuidado entre tantos escombros. El viajero miró a su alrededor y entró.

Allí sólo había unas escaleras que bajaban; se adivinaba luz al otro lado, y Kyro descendió sin esperar lo que encontraría. Era una especie de cueva que parecía excavada artificialmente, iluminada por pequeños agujeros en el techo que dejaban pasar delgados rayos de luz. Lo primero que notó fue la gran humedad del ambiente, y se sorprendió al darse cuenta de qué era exactamente aquel lugar: "una granja de cultivo subterráneo", se dijo. Nunca había visto plantas como aquéllas, pero los cestos colocados ordenadamente con lo que parecían frutos lo dejaban claro.

Había algunas personas trabajando aquí y allá; después de unos momentos una de ellas se levantó y se dirigió a él.

- Saludos, Kyro -era Balod, que llegó hasta donde estaba-. Me alegro de verte. ¿Has descansado bien?
- Muy bien, te lo agradezco -contestó Kyro sin dejar de mirar alrededor.
- Estás sorprendido, por lo que veo. Aquí cultivamos alimentos para la gente del pueblo; el agua no se pierde y las plantas sobreviven mejor.
- ¿Hay más granjas como ésta?
- Sí, en algunas tenemos otros productos y también animales. No es fácil vivir en el desierto -sonrió-.
- Pero me ha dado la impresión de que aquí en otro tiempo no tuvisteis problemas con el agua.

Balod ensombreció el rostro.

- Damdal fue hace mucho una pequeña ciudad pero próspera. No muy lejos de aquí hay un paso entre montañas que anteriormente seguían las rutas comerciales con el norte, y aquí se detenían las caravanas para abastecerse de lo que necesitaban. Pero... de eso hace ya mucho, ahora esto es lo único que queda.

- Ése del que hablas ¿es el Paso de la Sombra?

La pregunta dejó al hombre absolutamente estupefacto. Miró con los ojos completamente abiertos al viajero.

- ¿Lo conoces?

- Debo ir en esa dirección.

- Pero... No, no puedes... -Balod apenas articulaba las palabras-. No, escucha, ese lugar es la muerte. Incluso para ti. No comprendes...

- ¿Qué hay allí que sea tan peligroso?

Les interrumpió la voz de alguien que se acercaba.

- Escucha al buen Balod, chico. Ese lugar está maldito.

El hombre que se dirigía a ellos era algo más alto y corpulento que el resto de los que el viajero había visto en aquel lugar, casi tanto como el propio Kyro, aunque por lo demás tenía la piel tan oscura como todos los habitantes de la ciudad y no parecía distinto. Al llegar hasta donde estaban se detuvo y siguió hablando.

- Balod, ¿quién es tu amigo?

- Kyro, éste es Bórgaro: nuestro alcalde. Kyro es un... amigo de mi familia. Está de paso.

- Bienvenido a nuestra tierra, Kyro. Si no he oído mal te diriges al otro lado de las montañas.

- Así es.

- Pero no por el Paso de la Sombra; eres muy joven para morir.

Balod parecía tremendamente preocupado.

- Puedes rodear las montañas llegando hasta las tierras de Yaubdir; el viaje es muy largo pero no hay otro camino seguro. Créeme, el Paso de la Sombra es mejor olvidarlo.

- Entiendo que debe haber algo muy peligroso allí. ¿Qué es? -preguntó Kyro.

Los dos hombres se miraron. Habló Bórgaro, dirigiéndose a Balod.

- Tal vez le interese a tu invitado conocer algo de nuestra historia. Venid, seguiremos hablando fuera.

Salieron de la granja subterránea y, una vez en la calle, comenzaron a caminar siguiendo al alcalde mientras éste hablaba de nuevo.

- En las montañas del final del desierto hay agua en abundancia. Dicen que no es difícil encontrar ríos y lagos, algunos provienen del deshielo de las cumbres y otros desde el interior de la misma tierra. Sus habitantes se parecen a los hombres aunque no son del todo humanos; pero son pacíficos, los antiguos colonos que crearon Damdal comerciaron con ellos y nuestras relaciones siempre fueron buenas.

- ¿Por qué los colonos fundaron una ciudad en medio del desierto, tan lejos del agua? -interrumpió Kyro.

- En esos parajes hay también seres muy peligrosos -contestó Balod.

- Así es -continuó Bórgaro-. Son los fantasmas, según parece son parecidos a gusanos pero más grandes que un hombre y que flotan en el aire como si nadaran en él.
- Se puede ver a través de ellos y son luminosos, como si estuvieran encendidos por la magia; y pueden tragarse a una persona de un solo bocado -Balod hablaba de ellos con temor.
- Bueno, lo cierto es que nadie de aquí los ha visto... Nadie que siga vivo, quiero decir. Como dice nuestro amigo Balod, son seres peligrosos.
- Mi padre los vio de joven y eso es lo que contaba -Balod mostró un leve destello de orgullo al decirlo.

El alcalde hizo un gesto condescendiente.

- Sí, el bueno de Baku. Eso es lo que dice, pero ya le conocemos; ¿no es cierto, Balod? -el aludido le miró un instante y bajó los ojos-. ¿Por cierto, hace mucho que no le tenemos por aquí; espero que esté bien.
- Yo le he visto -intervino Kyro-, está perfectamente.
- Ah, me alegro, me alegro -contestó el alcalde como si realmente no le importara; Balod mantuvo silencio-. En fin, lo cierto es que los fantasmas siempre habían vivido en cuevas subterráneas, porque la luz solar directa les mata, y muy rara vez se les veía; las rutas de comercio eran relativamente seguras y Damdal nació como un lugar de descanso para las caravanas antes de abandonar por fin el largo desierto y prepararse para cruzar las montañas. Pero al instalarse los colonos cada vez los encuentros con fantasmas fueron más frecuentes, y ya que cada uno de ellos resultaba devastador este camino fue finalmente abandonado. Desde hace tiempo incluso a veces llegan hasta aquí, devorando todo ser vivo que encuentran a su paso.

Los hombres se detuvieron un momento a la sombra del porche de una edificación abandonada; Kyro habló.

- Y en aquellos días ¿de dónde sacaron el agua? Esta ciudad no era pequeña.
- Eso es justamente lo que quería enseñarte.

Bórgaro empujó la puerta de la entrada al edificio donde estaban, y les hizo un gesto para que le siguieran al interior. Así lo hicieron, y el viajero se sorprendió al encontrarse una habitación enorme que parecía abarcar toda la construcción. En el centro había algo que Kyro no supo identificar: parecía hecho de metal, como un montón de cajas enormes unidas por tubos aún más grandes, y daba la impresión de estar clavado al suelo; lo más sorprendente era la perfección con la que parecía hecha, como si no hubieran sido manos humanas las que hubiesen forjado el material. El lugar se veía algo descuidado, sin usar desde hacía mucho, pero parecía en buenas condiciones.

- La magia de los antiguos era muy poderosa -dijo el alcalde-. Antes de marcharse definitivamente de las montañas fueron capaces de hacer que un río llegara directamente hasta nuestra ciudad; justamente hasta aquí, que nosotros llamamos "la casa del agua". Esos bastones que ves allí -señaló hacia una parte donde había varias varas metálicas clavadas en ranuras del suelo- servían para hacer que fuera hacia una u otra parte.
- Y hay más -Balod volvió a hablar-. Dicen que la casa del agua también hacía que la luz de pequeños soles brillaran durante la noche iluminándolo todo como si fuera de día. Las caravanas que cruzaban las montañas se llevaban antorchas de esas luces que podían brillar durante muchos días sin apagarse y les protegían de los fantasmas, que huían de ellas.
- ¿Cómo era posible todo eso? -preguntó Kyro con gran interés.

- Ya nadie lo sabe -Bórgaro se encogió de hombros-. Cuando el gran Varomm prohibió la magia los sacerdotes se aseguraron de que el conocimiento maldito se olvidara, aunque nuestras fuentes siguieran manando y los pequeños soles se encendieran de nuevo al traerlos aquí y colocarlos junto a estas cajas.

Todos guardaron silencio unos momentos.

- De todo aquello ya no queda nada -dijo pensativo Kyro.  
- Un día el agua dejó de manar, nadie sabe por qué. El río se secó, las antorchas mágicas que protegían a las caravanas se apagaron, los últimos comerciantes dejaron de venir por aquí y casi todos nuestros vecinos y amigos se fueron. Nosotros somos los hijos de los que decidieron quedarse, hemos aprendido a vivir del desierto y sabemos que dirigirse hacia esas montañas es encontrar una muerte segura.  
- Escucha a Bórgaro, Kyro -suplicó Balod, que seguía muy preocupado-. Olvida ese lugar.

El viajero no contestó; mantenía la mirada baja y su expresión pensativa. Tras unos momentos se acercó al grupo de cajas, rodeándolas mientras las miraba con interés.

- ¿Por aquí llegaba el agua? -dijo cuando llegó a lo que parecía un enorme tubo que salía de la más grande y se enterraba en el suelo; era como un gran gusano de metal-.  
- Sí, creo que sí -contestó el alcalde-. Los antiguos construyeron este brazo del río por el que circulaba el agua. Que sepamos está todo bajo tierra, desde el lugar donde se recogía el agua en las montañas hasta aquí.  
- Es impresionante -murmuró Kyro-, jamás había visto nada igual. Vuestros antepasados debieron ser magos muy poderosos.  
- Ahora las cosas han cambiado -dijo Balod-. Sobrevivimos lo mejor que podemos.

El viajero parecía concentrado en sus pensamientos mientras no desviaba la vista del tubo.

- ¿Y vosotros sabéis aún cómo se maneja esta cosa? -preguntó.

Bórgaro y Balod se miraron. Habló el alcalde.

- Sí, no es difícil en realidad: los antiguos siempre dejaban con sus creaciones signos que explicaban cómo usarlas. Cualquiera que sepa leerlos puede hacerlas funcionar, claro.  
- Kyro -dijo Balod casi con miedo-, ¿en qué estás pensando?

El chico miró hacia ellos. Su mirada reflejaba una fuerte decisión.

- Tengo que ir hacia esas montañas. Y será mejor que alguien de vosotros me acompañe.

Kyro y Balod caminaban por el desierto llevando a la espalda una bolsa cada uno; el viajero llevaba además una espada. Sus ropas, de color parecido al de la tierra que pisaban, les tapaban todo el cuerpo menos el rostro.

- Aún no puedo creer lo que estoy haciendo -dijo Balod.  
- Si llegamos hasta el otro extremo del río de metal y eres capaz de devolver el agua a su cauce todo habrá valido la pena.  
- No llegaremos. Moriremos devorados por monstruos que nos causarán el peor de los tormentos.

El chico sonrió.

- Quizá.
- Kyro, ¿por qué tienes tanto empeño en hacer esto? ¿Por qué no tomar otra ruta?
- No puedo elegir, Balod. Es por ahí.
- ¿Cómo estás tan seguro? Y... No sé si puedo preguntarte esto, pero ¿qué estás buscando?

El viajero se detuvo un momento y miró a su compañero.

- ¿No lo sabes? ¿No conoces mi misión?
- Pues... no, la verdad es que no. Mi familia... Mi padre siempre me dijo que nosotros somos los guardianes de la esfera, que este honor pasaba de padres a hijos desde mucho tiempo atrás. Pero si un día mis antepasados supieron algo más es un conocimiento que se ha perdido.

Kyro bajó la vista un momento, y reanudó la marcha.

- Confía en mí, Balod. Éste es mi camino.

La visión de las montañas resultaba sobrecogedora desde muy lejos: lo primero que se veía era un enorme, impresionante muro de piedra rojiza que parecía extenderse por todo el horizonte y que marcaba abruptamente el fin del desierto; tras esta barrera natural se divisaban algunos picos más lejanos aún.

- Allí está -señaló Balod-, esa grieta en la pared es el Paso de la Sombra. Jamás me había acercado tanto.
- Los fantasmas se refugian allí durante el día, ¿no es así?
- Eso es. Ya lo ves, al ser tan angosto la luz de los soles nunca llega al suelo; dicen que es como estar en una caverna.
- Tenemos que darnos prisa, hay que alcanzarlo antes de que anochezca.

Balod tenía expresión de gran preocupación mientras seguía al viajero.

- Aún no puedo creer lo que estoy haciendo -dijo.

Siguieron su marcha hasta llegar a una distancia cercana pero prudente de la entrada al paso. Uno de los soles se había ocultado ya casi por completo y el otro lo haría muy pronto, aunque aún les quedaba algo de tiempo antes de que oscureciera del todo.

- Esperaremos aquí -dijo Kyro deteniéndose y dejando sus cosas en el suelo-. Será mejor descansar un poco, ahora que podemos.
- Ya es suficiente locura estar en este lugar mientras hay luz, ¿por qué quieres quedarte hasta que se haga de noche?
- Balod, ahora es imposible cruzar el paso si es cierto que los fantasmas están ahí dentro -señaló-; aprovecharemos la oportunidad cuando hayan salido. La verdad, no es eso lo que me preocupa.
- ¿Y qué es entonces? -Balod se acomodó también.
- Lo que encontraremos después. La magia de vuestros antiguos debía ser muy poderosa, ¿qué hizo que se apagara?

Su compañero pensó un momento y se encogió de hombros.

- No lo sé. Un día el agua dejó de fluir, simplemente, y la vida en Damdal se detuvo. Al principio hubo quien se arriesgó a venir a averiguar qué había pasado; mi padre fue uno de ellos, era muy joven entonces y aún no había... heredado la responsabilidad de guardar la esfera. Fue uno de los pocos que sobrevivió, aunque mi abuelo casi le mata al descubrir el riesgo que corrió sin pensar en que su vida era más valiosa que toda el agua del mundo.
- Lo hizo por tu pueblo.
- Sí, ¿y para qué? Ahora todos le toman por loco. Hasta yo lo hice -Balod bajó la cabeza con dolor.

El viajero le miró con seriedad, pero su interlocutor no levantaba la vista.

- Baku es un hombre valiente; un digno guardián de la esfera. Puedes estar orgulloso de él.
- Sí, claro. Ahora lo sé. Es su hijo quien no merece serlo.
- Tu destino no es el suyo, Balod; y de hecho no habría tenido sentido que continuaras su labor, ya que yo soy el último. Tú tienes tu propio camino que recorrer, y la prueba está en que ahora mismo estás aquí conmigo. Nadie más se hubiera atrevido.

Por fin Balod levantó la vista y miró al viajero.

- Nadie más habría sido tan tonto como para venir a morir en este lugar -sonrió.
- Tu padre vino una vez hasta aquí para ayudar a los suyos y volvió sin conseguirlo, ¿no es cierto?
- No pudo hacer más; y de hecho fue el único de su grupo que sobrevivió a los monstruos.
- Bien, donde él fracasó tú tienes ahora una oportunidad. Todos tenemos nuestro destino, quizá aquí esté la prueba que demostrará que eres digno de tu linaje.

Los hombres se sostuvieron la mirada unos segundos. De repente Kyro cambió la expresión irguiendo la cabeza.

- ¿Ocurre algo? -le preguntó Balod.
- Cúbrete. Rápido.

Los dos se tumbaron tapando sus cuerpos y su equipaje con las mantas que les hacían confundirse con la tierra; Kyro mantenía bien asido el puño de su espada. La oscuridad que iba llegando ayudaba a camuflarles completamente.

- No te muevas -susurró el viajero.

Unos momentos después se escuchó claramente un sonido creciente: sonaba casi como el gemido de un niño, pero mucho más largo e intenso: hasta la noche que pasó en Damdal Kyro jamás había oído nada igual. Aún no era noche cerrada, pero pudo apreciar en el interior del Paso de la Sombra un resplandor brillante que indicaba que algo se acercaba a la entrada.

- Por el gran Varomm -la voz de Balod era tan tenue que apenas se le oía.

Kyro le miró.

- A partir de ahora haz exactamente lo que yo te diga sin perder tiempo. ¿Entendido?

Balod asintió como pudo.

- S-s-sí.

El ser que emitía esos sonidos y brillaba de aquel modo parecía esperar la oscuridad total para asomarse al exterior. Cuando por fin llegó, lo que apareció superó todo lo que la imaginación de los dos hombres hubiera podido hacerles esperar.

El fantasma era grande, mucho más que un hombre; sólo su cabeza podría contener a un ser humano. Parecía una larga serpiente casi transparente y despedía una luz blanca y fría que iluminaba todo a su alrededor. Pero lo más impresionante era la majestuosidad con la que flotaba, moviéndose suavemente como si buceara a través del aire. Salió del todo y comenzó a subir en espiral muy despacio, casi parecía que estuviera desparezándose, mientras otros de aquellos monstruos maravillosos le seguían.

Eran nueve en total; el último en salir el más grande de todos. Parecían nadar en grupo, pasando unos cerca de los otros, y la luz que emitían juntos era tan fuerte que Kyro y Balod tenían que entrecerrar los ojos para poder mirarlos.

- Por Varomm, qué belleza -acertó a susurrar Balod. Ambos estaban absolutamente impresionados por lo que venían.

Realmente era un espectáculo grandioso. Los gigantescos, fantasmagóricos seres volaban sobre ellos sin advertir su presencia; al cabo de unos momentos el viajero reaccionó.

- Ahora. Sígueme tapado con tu manta y no te alejes.

Comenzó a moverse, manteniéndose aún agachado y cubierto, hacia la entrada del Paso de la Sombra. Su compañero iba justo tras él, sin dejar de mirar al cielo constantemente para asegurarse de que no les descubrían. Poco después alcanzaron la roca.

- Avancemos un poco y encenderemos la luz -dijo Kyro.

Aún les llegaba algo del resplandor del exterior y lograron avanzar sin mucha dificultad, hasta que llegaron a un punto donde ya apenas se veía.

- Aquí está bien. La antorcha y el aceite -el chico sacó de su bolsa unas piedras mientras Balod empapaba la tela enrollada en la estaca con un poco del óleo que también había traído.

Dejó la antorcha en el suelo y el viajero hizo chocar las piedras varias veces, haciendo saltar chispas. Una de ellas acabó por tocar la tela, que se prendió en el acto. Los hombres se prepararon para seguir y Kyro cogió la tea.

- ¿Vamos? -la pregunta era más bien una afirmación.

Balod asintió; parecía muerto de miedo. El viajero sonrió un instante y apoyó una mano en el hombro de su compañero.

- Lo estás haciendo muy bien. Sigamos.

Avanzaron todo lo rápido que pudieron por el estrecho desfiladero. Realmente parecía casi una cueva cerrada, aunque en varias ocasiones les llegaron los sonidos de los fantasmas desde más arriba y una vez incluso les pareció ver pasar alguna luz por entre las grietas. El camino era siempre ascendente, casi todo en una suave cuesta aunque también encontraron tramos algo más empinados.

- No sé cuánto llevamos así -jadeó Balod- pero necesito parar un momento. No puedo más.

- De acuerdo -contestó Kyro, y ambos se detuvieron-. Bebe un poco.

El viajero se mantuvo en pie, alerta a su alrededor, mientras su compañero se sentaba, extenuado, y se acercaba el odre de agua a la boca.

- Ya no falta mucho -le animó el chico.

- ¿Cómo lo sabes? Nunca has estado aquí.

- El aire empieza a oler distinto.

Balod lanzó una risa sin aire.

- De verdad que me asombras, hombre de la esfera. Por el gran Varomm, ¿quién eres?

Ambos se miraron.

- Debemos darnos prisa -fue la respuesta-, el amanecer se acerca. ¿Puedes seguir?

Su compañero asintió, poniéndose en pie.

- Vamos.

Aunque a Balod le costara mantener el paso del viajero no se quejó durante el resto del camino. Kyro miraba atrás de vez en cuando y su compañero asentía, para decirle sin palabras que continuara. Siguieron así bastante tiempo más, hasta que de repente el primero se detuvo y alargó una mano para indicar al otro que lo hiciera también. El chico escuchó un momento, y tras esto rápidamente tiró la antorcha al suelo y le echó tierra encima mientras hablaba.

- ¡Rápido, a cubierto!

Balod tenía las manos apoyadas en las rodillas y respiraba sin poder moverse. Kyro se volvió hacia él y sin pensarlo dos veces le saltó encima, tirándole hacia atrás; lo arrastró hacia la pared de piedra y le empujó con su cuerpo para mantenerles a ambos pegados a ella.

Lo siguiente sucedió casi instantáneamente. El tremendo viento, la luz blanca y cegadora, y los fantasmas que pasaron junto a ellos emitiendo sus sonidos amplificados al chocar entre las rocas. Fueron sólo unos segundos, tras los cuales todo quedó de nuevo en oscuridad y silencio; pero parecieron eternos.

- ¿Estás bien? -preguntó Kyro-.

- S-sí. Bien.

El viajero se puso en pie entre las sombras y ayudó a su compañero.

- La salida está muy cerca. Y está amaneciendo.

Así era; poco más tarde veían la tenue luz de la mañana al final del desfiladero, hasta que finalmente lo alcanzaron.

Al otro lado el paisaje era completamente distinto: la zona era bastante montañosa y había algo de vegetación; a lo lejos incluso se divisaban lo que parecían los límites de algunos pequeños bosques.

- Esto es... -Balod parecía asombrado-. He pasado toda mi vida en el desierto. Jamás había visto algo así.

Kyro, después de escrutar con la vista el terreno a su alrededor, consultaba un trozo de pergamino.

- Según el mapa debemos ir hacia allá -dijo, señalando hacia un punto al frente y un poco a la derecha desde donde estaban-. Hay un camino que rodea esa montaña; sólo espero que lleguemos antes de la noche. ¿Listo para seguir?

Balod asintió. Se pusieron en marcha, el viajero iba delante caminando con decisión. Avanzaron durante bastante tiempo sin complicaciones; a medida que se adentraban entre las montañas se notaba cómo las plantas abundaban algo más. Kyro parecía concentrado en el camino, pero su compañero no podía evitar sentirse maravillado por todo lo que les rodeaba.

- Es increíble. Increíble -decía-. Todo esto, sólo a unos días de camino de Damdal y es como si estuviéramos en otro mundo.

- Es cierto -fue el único comentario del chico.

- Quizá para ti esto no sea nada, pero yo... ¡No tengo palabras! Apenas me he alejado de mi ciudad desde que nací; el desierto es duro pero es mi hogar. No esperaba ver nunca... Otro lugar. Y tan diferente.

Respiró y bajó la cabeza con resignación.

- No importa. Tú no puedes comprenderlo.

Kyro se volvió un momento para mirarle sin hablar. Tras esto continuó caminando.

- Viajero, ¿te he ofendido? Noto que mis palabras te desagradan.

El chico se detuvo de nuevo y sonrió fugazmente; sus ojos, sin embargo, mostraban una dureza que hasta ese momento no habían expresado.

- No, en absoluto, Balod; discúlpame por darte esa impresión. Mira, por ahí está el camino que rodea la montaña; tratemos de llegar hasta allí cuanto antes.

Balod no tuvo tiempo de responder antes de que su compañero reanudara la marcha.

El camino al que por fin llegaron era un estrecho sendero ascendente entre la empinada pared de la montaña y el vacío. Desde abajo ya se apreciaba que la altura llegaba a ser considerable, y el espacio era lo justo para un hombre así que deberían ir en fila si no querían caer.

El chico se detuvo.

- Ve tú delante, yo te seguiré -dijo el chico.

Su actitud seguía siendo algo hosca, así que Balod no dijo nada; se adelantó unos pasos y comenzó el ascenso.

A partir de ese punto siguieron avanzando en silencio. Balod caminaba mirando al suelo para asegurarse de apoyar sus pies en zona firme, aunque de vez en cuando se permitía una mirada a lo lejos para apreciar la impresionante vista que hasta entonces jamás había podido disfrutar. Después de un buen trecho recorrido, se detuvo al fin un momento y se secó el sudor.

- Creo que jamás podré acostumbrarme de nuevo al desierto -dijo, y se volvió a mirar a su compañero-. Cuando...

Se quedó paralizado. No fue capaz ni siquiera de sorprenderse: el viajero había desaparecido.

Tardó unos momentos en asimilarlo: estaba solo. Pero no era posible: sencillamente, no podía ser. Miró a su alrededor como si se hubiera equivocado, como si no hubiera mirado en la dirección correcta, y sólo entonces pudo hablar.

- ¿Kyro? -llamó débilmente.

Se agarró a la pared de la montaña como si hubiera perdido apoyo.

- ¡Kyro! -repitió más alto. Entonces comenzó a andar de vuelta, mientras seguía llamándole-. ¡Kyro! ¿Dónde estás?

Mientras andaba pegándose a la roca, moviéndose todo lo rápido que podía, siguió llamando a su compañero mientras comenzaba a mirar hacia abajo. Estaba aterrorizado.

- ¡Kyro! ¡Viajero, contesta! -ahora gritaba hacia el vacío bajo sus pies-. ¿Kyro?

Se detuvo un momento, absolutamente desesperado.

- ¡Por el gran Varomm, responde! -miró a todas partes sin saber qué hacer-. ¡¡Kyro!!

Se asomó una vez más con cuidado al vacío pero no distinguió el cuerpo del chico. Volvió a apretarse contra la pared de la montaña respirando agitadamente. Tras un momento más de indecisión, siguió retrocediendo por el estrecho camino... Hasta que lo que encontró le detuvo en seco.

No eran humanos. Lo parecían; pero su piel grisácea, esos rostros anchos de ojos pequeños y completamente blancos, y los agujeros que se abrían y cerraban en lugar de nariz inmediatamente le hicieron darse cuenta de que eran otra clase de criaturas. Vestían lo que parecían pieles ligeras curtidas también de un color gris oscuro, y sobre ellas cubriéndoles el pecho llevaban una especie de peto de metal a modo de protección como el casco que cubría sus cabezas.

Por un instante tanto Balod como el grupo de esos seres se quedaron inmóviles por la sorpresa mutua; pero enseguida el primero de ellos lanzó un grito levantando amenazadoramente la espada serrada que blandía y los que le seguían hicieron lo mismo.

El habitante del desierto reaccionó instantáneamente: echó a correr lo mejor que pudo para no caer, ascendiendo de nuevo. Tras él sus perseguidores avanzaban con más rapidez, acostumbrados al terreno, y en sólo unos momentos le dieron caza y le sujetaron.

El primero de ellos le puso el filo de su espada junto al cuello, mientras el resto sólo podía esperar tras él. Balod, tan aterrado que apenas podía pensar, escuchó sus palabras en una lengua que desconocía.

- ¡¡Dal-uz woi ma!! ¡¡Dal-uz woi ma, yokka woi umra!! -le gritó.

El habitante del desierto no pudo reaccionar. No comprendía absolutamente nada, pero la agresividad con que le hablaban era tan tremenda que claramente se apreciaban sus intenciones.

- No... No me hagas daño, por favor...

El atacante le tiró al suelo de un empujón. Balod consiguió mantenerse en el camino y no caer al vacío. Cuando volvió a mirarle levantaba ya nuevamente su arma, haciendo girar su cuerpo para asestarle el golpe que le matara allí mismo.

Todo transcurrió muy deprisa. Cuando ya lanzaba su ataque contra él, de repente una piedra que venía de arriba impactó con enorme fuerza contra su cabeza, a la altura de la sien, arrancándole el casco y haciéndole doblarse como una hoja. La inercia del movimiento de su espada hizo que el filo se clavara en el suelo, muy cerca del cuerpo de Balod, mientras su agresor caía por el precipicio.

Antes de que el resto de atacantes pudiera incluso darse cuenta de lo que ocurría, una impresionante figura cayó en medio del grupo lanzando un terrible grito: Kyro golpeó a uno de ellos tirándole al vacío y, tan rápido como preciso, cortó de un tajo la mano con la que sujetaba la espada el que tenía detrás y se lanzó hacia adelante empujando con enorme ímpetu.

El grupo de guerreros superaba la docena, pero allí en fila de uno daba igual su número: a la espalda de Kyro el que tenía la mano cortada bloqueaba el paso, lo que le daba la oportunidad de centrarse en quien tenía al frente por unos momentos. Al primero, que no había tenido tiempo de colocarse en posición de ataque, le agarró el brazo armado al tiempo que clavaba su hoja en el costado por donde no le protegía el peto metálico; éste se dobló de dolor y Kyro empujó con todas sus fuerzas, haciendo perder el equilibrio también al siguiente y provocando que los dos cayeran al vacío.

El tercero consiguió mantenerse por poco, pero ese instante de vacilación bastó para que el viajero se arrojara sobre él aprovechando su indefensión. Aunque logró lanzar como pudo un mandoble poco efectivo, Kyro lo evitó fácilmente agachándose y atacándole a una pierna con su espada con gran potencia: se la cortó limpiamente por encima del tobillo. Mientras tanto, por detrás sus propios compañeros habían arrojado al vacío al de la mano amputada y empezaban a avanzar.

Pero Balod no pudo prestar atención a esto, porque el empuje del viajero había hecho retroceder a los atacantes por ese lado; al dar algunos pasos atrás, el que ahora estaba más cerca del habitante del desierto tropezó con su cuerpo y cayó sobre él. Consiguió no caerse pero tuvo que dejar su espada y agarrarse al propio Balod, que forcejeó con él hasta conseguir que se soltara y finalmente desapareciera precipicio abajo.

Apenas pudo reponerse: al mirar arriba vio el siguiente guerrero encarándole con gran fiereza. Levantó su espada con la intención de matarle... Y en ese momento la espada de Kyro surgió desde atrás y le cortó de un tajo el brazo. El guerrero gritó sangrando abundantemente, se dobló hasta apoyar la rodilla en el suelo y Balod le propinó una patada que le hizo caer.

En este momento Kyro ya estaba luchando con los que venían por detrás, que le habían alcanzado; se le veían ya heridas y manchas de sangre. Tenía la espada clavada en el primer oponente, al que sujetaba para no dejarle caer y utilizarlo como escudo ante el siguiente; aplicó todo su peso para lanzarlo mientras otro de la fila lanzaba su espada y le cortaba en un hombro. Pero el viajero no cedió, gritando por el esfuerzo hizo caer al que tenía herido y con él a los dos siguientes. Durante el siguiente instante de respiro miró fugazmente a Balod; éste pudo ver que tenía la cara también llena de sangre.

- ¡Vete de aquí! -ordenó, y se lanzó de nuevo contra los que quedaban.

Balod tardó un momento en reaccionar, pero finalmente lo hizo moviéndose tan rápido como le permitía el terror. Avanzó por el estrecho camino escuchando aún el ruido de la pelea, concentrándose al máximo en no caer; así siguió algún tiempo hasta llegar al final.

El sendero acababa en un trozo de terreno llano cubierto de hierba; más allá empezaba lo que parecía un bosquecillo pequeño. Balod no sabía qué hacer: miró atrás, luego a todas partes como desorientado, y finalmente se decidió a dirigirse hacia el bosque.

Aquel sitio era extraño para él; avanzaba despacio y mirando a todas partes, asombrado por la vegetación que para él era desconocida. Anduvo un poco más hasta escuchar un sonido inconfundible: agua corriendo. Venía de detrás de unas rocas; el hombre se asomó y vio un pequeño riachuelo. Al principio se sorprendió enormemente, y tras unos momentos mirando alrededor se lanzó a beber junto a la orilla. Después de esto se sentó con esfuerzo, respiró hondo y miró en la dirección por la que había venido.

- Kyro... -dijo. Estaba agotado, perdido y ahora además solo.

Había llegado la noche y Balod dormía enroscado como podía en un hueco bajo las grandes raíces de un árbol de extraña forma. No era cómodo pero estaba más o menos resguardado, y de todas formas estaba tan cansado que le venció el sueño nada más apoyar la cabeza.

No hubiera podido decir cuánto tiempo había pasado así, cuando se despertó sobresaltado: alguien le había puesto una mano encima.

- Soy yo -dijo el viajero.

- ¿Kyro? ¡Kyro! Oh, por el gran Varomm, me alegro... -dijo levantándose como pudo-. Pensé que... que estabas...

- Estoy vivo. Ven, quiero enseñarte algo. Recoge tus cosas.

Balod distinguió en la oscuridad que su amigo cojeaba un poco al andar. Le siguió hasta un montículo de rocas por el que treparon.

Cuando Balod llegó arriba el viajero ya estaba mirando algo a lo lejos: por encima de los árboles se veía a lo lejos el grupo de fantasmas flotando en el aire elegantemente, como cintas de luz al viento. El hombre del desierto pensó que no había visto en su vida nada tan hermoso como aquellos seres.

- Fíjate -dijo Kyro-, parece que hay algo en la falda de esa montaña.

Efectivamente, si uno se fijaba daba la impresión de que los gusanos flotaban en torno a algo: se acercaban, pareciera que lo estuvieran olfateando, y volvían atrás con el grupo; así uno tras otro.

- ¿Qué podrá ser?

- No lo sé -contestó el viajero-. Pero creo que está cerca del lugar adonde vamos. Ahora será mejor descansar, ahí hay un hueco en la roca que será perfecto para los dos.

Tras decir esto se dirigió hacia donde había señalado; Balod miró una vez más a los maravillosos fantasmas en su ritual, y tras esto le siguió.

Ya era de día, y Balod comía un fruto muy parecido a los de la granja subterránea de Damdal mientras Kyro se lavaba en el río sus heridas. Estaba lleno de marcas de golpes, cortes y magulladuras; llamaba la atención una herida en un lado de la cara, cerca de la sien. Pero aparte de una leve cojera al andar no se quejaba ni parecía que su estado le afectara.

Balod hablaba mirando la fruta que tenía en sus manos.

- Es increíble lo bien que sabe -dijo-. Mucho mejor que las nuestras.
- Ya es mucho que consigáis plantar algo en medio del desierto -le miró el viajero-; de todas formas si conseguimos llevar el agua de nuevo hasta Damdal podréis cultivar al aire libre.
- Para serte sincero... Hasta ahora estaba convencido de que no lo lograríamos. Pero estamos aquí, y parece que ya hayamos hecho lo más difícil.

El viajero se dio la vuelta para quedar mirando fijamente a su compañero.

- Todavía no, Balod. Creo que aún nos quedan problemas graves.
- ¿A qué te refieres?
- Yo soy un soldado, y reconozco a los soldados cuando les veo. Esos hombres no lo eran.
- No entiendo... -Balod parecía desconcertado.

Kyro se acercó a él y cogió una fruta.

- Cuando salimos del Paso de la Sombra me di cuenta enseguida de que había dos vigías apostados cerca; discúlpame por no decírtelo, pero nos daba cierta ventaja que ellos no supieran que los habíamos descubierto. Uno de ellos desapareció casi inmediatamente y supuse que había ido a buscar refuerzos, así que hice que apretáramos el paso para que no nos alcanzaran antes de llegar a un terreno donde pudiera hacerles frente. Si nos hubieran emboscado en cualquier otra parte probablemente ahora estaríamos los dos muertos.
- Pero ¿por qué dices que no son soldados?
- Quizá les paguen para serlo, pero un auténtico soldado con experiencia en combate jamás hubiera caído en mi trampa; yo no lo hubiera hecho. Además hay maneras de pelear que sólo se aprenden con la práctica de la guerra, y ellos no luchaban así. Si éstos son los habitantes de las montañas que antes sólo eran pastores, ¿para qué tienen ahora guerreros, si aquí no viene nadie a combatir?
- Los fantasmas... -dijo Balod sin convencimiento.

El viajero negó con la cabeza.

- No lo creo. No podrían hacer nada contra ellos, son demasiado poderosos. Además parece que son seres de costumbres, ¿para qué arriesgar a dos vigías junto a la salida del Paso de la Sombra? No tiene explicación... A menos que todo esto tenga que ver con vuestro problema del agua y esta gente estuviera esperando a alguien como nosotros.

La cara de Balod pasó de la sorpresa primero, a la incredulidad fugazmente y después a la comprensión.

- Quieres decir... ¿Esa gente está en guerra con mi pueblo?
- Si es así pronto lo sabremos. Vamos, ya he borrado nuestras huellas y no nos encontrarán fácilmente; pero debemos seguir nuestro camino.

Pasaron el resto del día avanzando por entre las montañas. En algunos tramos la vegetación se hacía abundante, y aunque ninguno de los dos había visto nunca plantas como aquéllas y desde algunos puntos la vista era impresionante sólo Balod parecía muy sorprendido por el entorno; sin embargo Kyro estaba absolutamente concentrado en la marcha, en comprobar que nadie les siguiera, en asegurarse de que el camino fuera seguro. Era la actitud pura de un soldado.

Finalmente, cuando ya no estaban lejos del lugar al que se dirigían, el viajero se detuvo haciendo un gesto para que su compañero lo hiciera también.

- ¿Qué pasa? -dijo Balod en voz baja.

- Falta poco -contestó Kyro sin dejar de mirar alrededor-. Si los jefes de los guerreros ya saben que estamos aquí estarán preparados, así que esperaremos a la noche para acercarnos más al principio del río que crearon tus antiguos.

- Mientras tanto ¿buscamos un escondite?

- Tú te esconderás -Kyro le miró-. Yo voy a averiguar qué interesaba tanto a los fantasmas cerca de aquí.

Después de dejar a Balod el viajero se dirigió hacia el lugar donde había visto al grupo de gusanos la noche anterior. Tenía que descender por una pared escarpada y peligrosa, y al no conocer el terreno le llevó bastante tiempo llegar hasta allí.

Según el mapa debía estar en la misma montaña donde más arriba se hallaba el principio del río creado por los antiguos pobladores de Damdal. Kyro estaba bastante seguro de que aquél era el sitio correcto, lo reconocía porque parecía formar una especie de claro en medio de la más abundante vegetación que lo rodeaba; aunque eso podría ser debido precisamente a los propios fantasmas. También le llamaron la atención las enormes rocas que había en la zona, de dos o tres veces la altura de un hombre, de las cuales debía haber muchas y que estaban todas juntas.

El viajero subió a una de ellas para ver mejor. No se apreciaba nada extraordinario, y el ocaso estaba cada vez más cerca así que no tenía demasiado tiempo para explorar. Se movió saltando de una a otra, tratando de encontrar algún rastro o huella que le ayudara pero sin éxito; ya estaba pensando en volver cuando se dio cuenta de unas grandes marcas, como de desgaste, que sólo se hallaban en algunas rocas de un lugar concreto.

"Aquí deben tocar los fantasmas", se dijo. "¿Qué hay de distinto entre estas piedras y el resto?". Parecían exactamente iguales que las que las rodeaban, pero estaba claro que a esos seres eran éstas las únicas que les interesaban.

Kyro miró alrededor por un momento sin entenderlo. No quedaba tiempo para pararse mucho más a pensar, así que decidió seguir explorando un momento más para después regresar. Saltó hacia la siguiente roca... Y entonces se detuvo. Volvió atrás, pero esta vez no para seguir rastreando sobre las rocas, sino para mirar a la oscuridad que había bajo ellas.

Ya era casi de noche cuando el viajero llegó a donde había dejado a Balod. Apartó las plantas que tapaban el pequeño refugio pero allí sólo estaba su bolsa.

En completo silencio, Kyro la recogió y miró alrededor tratando de escuchar algo pero sin resultado. Se agachó para buscar huellas a pesar de la poca luz, y logró distinguir las de su compañero. "Se fue por aquí a paso tranquilo", pensó. A poca distancia encontró plantas aplastadas y rotas, y más huellas; y junto a esto, el odre para el agua de Balod. "Le han capturado, no hay sangre".

No se detuvo a pensar: miró un momento hacia arriba, al lugar a donde se habían dirigido más alto en la montaña, y acto seguido se puso en marcha.

Había ocho guardias armados en la puerta, flanqueada por antorchas que permitían verla a distancia. Era enorme, y desde donde Kyro se ocultaba se podía apreciar su imponente forma que recordaba a la máquina del agua de Damdal. Debía ser la entrada al interior de la montaña, donde se encontraba el principio del río hacia la ciudad.

"Debe haber aberturas para llevar aire fresco al interior", se dijo el viajero. Retrocedió hasta una posición más segura y empezó a rodear la montaña por el lado más escarpado, agarrándose fuertemente a los salientes de la roca.

Mientras lo hacía algo le llamó la atención desde abajo; los gusanos fantasmas se acercaban. Kyro siguió moviéndose por la pared buscando algún hueco, deteniéndose sólo una vez a mirar de nuevo hacia el lugar donde aquellos seres flotaban sobre las rocas donde antes él había estado.

Por fin le pareció oír algo. Se quedó quieto escuchando, y de nuevo percibió aquel sonido que venía de un punto sobre él y algo a su derecha. Hacia allí se desplazó ágilmente, hasta que por fin encontró la abertura que buscaba. Era lo bastante grande para que un hombre pudiera entrar sin dificultad y aunque estaba protegida por una reja de metal los barrotes eran muy débiles; con una simple patada el obstáculo cedió y Kyro pudo acceder al interior del túnel.

Por fin llegó hasta lo que parecía una gran bóveda natural en el interior de la montaña. La escena era tan mala como lo había imaginado: Balod estaba encadenado en el centro de un espacio que habían dejado libre los soldados que le rodeaban, mientras le hablaba uno de aquellos seres que parecía conocer su lengua. Sentado en algo que parecía un trono había otro de ellos, vestido con ropas completamente rojas que contrastaban con el resto gris: debía ser el líder. Todo estaba iluminado por numerosas antorchas, que permitían ver también cómo caía un torrente de agua en uno de los extremos al otro lado de la gran cueva.

También reparó en el resto: esas enormes cajas rodeando el espacio donde se encontraban todos, iguales a las que había en la casa del agua de Damdal; incluso estaban las varas de metal clavadas en el suelo cerca de donde pasaba el agua. Nadie parecía prestarles la más mínima atención.

Aprovechando que en el lado donde estaba Kyro había menos luz y que la distancia desde la entrada del respiradero hasta el suelo era alta pero no insalvable, se descolgó lo que pudo y saltó tratando de no hacer ruido. Rodó para absorber el impacto e inmediatamente se ocultó tras un enorme tubo metálico; nadie se había dado cuenta. Mientras tanto Balod contestaba a las preguntas de su interrogador.

- ¡No lo sé, no lo sé! ¡No queremos luchar, sólo hemos venido a ayudar a mi pueblo!

El que había hecho la pregunta tradujo al líder:

- Kao mouwa dal-zi da. Eso maega tommak fuyemm da zuza boi da.

- Tukta waggira da peire mo -contestó éste sin inmutarse-. Ozia da vukka ecpulka wanrio norta summ da mia nu zai gassat.

El interrogador asintió. Miró al prisionero mientras algunos soldados levantaban una pesada losa en el suelo.

- Serás arrojado a los dioses para que te devoren. Ellos nos castigan por culpa de tu pueblo, tú serás un sacrificio para calmar su ira.

- ¿Mi pueblo? Pero ¿qué ha hecho mi pueblo contra vuestros dioses? ¡Siempre habíamos sido amigos!

- Tus antepasados -aquel ser hablaba con odio- engañaron a los nuestros. Vinieron aquí a despertar a nuestros dioses; les sacaron de las montañas, les atacaron y ahora

los dioses nos castigan por ello. Destrozaron nuestras casas, mataron a nuestros hermanos, nos obligan a vivir en cuevas y a dormir con temor durante la noche.

- No sé de qué estás hablando, ¡créeme!

Durante el interrogatorio Kyro había rodeado la estancia. No tenía ni siquiera una remota posibilidad si se enfrentaba con un grupo tan numeroso, pero si dirigía correctamente su ataque podía ganar la suficiente ventaja.

Casi había llegado a la parte trasera del asiento donde estaba el líder de aquellos seres. Sólo había un soldado entre él y la enorme caja metálica desde la que podía saltar hasta allí, y estaba desprevenido prestando atención al interrogatorio; no fue problema. Kyro se le acercó por detrás y, con un certero golpe en el cuello, le dejó inconsciente en absoluto silencio. Tras esto trepó hasta lo alto de la caja, sacó su espada y saltó.

En un segundo se hizo el caos. Kyro cayó justo detrás del líder, e ignorando a todos los que estaban a su lado le pasó un brazo bajo la garganta y tiró de él con todas sus fuerzas hasta sacarlo de su asiento y arrastrarlo en un instante hacia atrás; apoyó el filo de su espada contra su garganta al tiempo que su espalda tocaba el metal de la caja desde la que había saltado, justo cuando ya todos los guerreros se dirigían a él para matarle.

- ¡Alto! -gritó. Aunque no pudieran entenderle, la situación y el tono de su voz no dejaban lugar a dudas-. ¡Quietos o morirá!

Los atacantes se detuvieron instantáneamente. Kyro miró al interrogador de Balod, que seguía junto a su compañero encadenado e inmóvil.

- ¡Tú! Puedes entenderme -le dijo-. ¡Diles que se aparten o mataré a vuestro líder!

Tras un segundo de silencio el intérprete habló.

- Dakka mai no muar-za da bodo.

Los soldados lo entendieron y los más cercanos dieron un paso atrás; sólo un paso. Kyro siguió hablando.

- Sólo quiero llevarme al prisionero. Nos iremos y nadie sufrirá daño.

- No saldréis vivos de esta tierra, humano -contestó el otro junto a Balod-. Habéis cometido sacrilegio y los dioses os despedazarán.

- Ésa es la puerta al interior de la montaña, ¿no es así? A la casa de los dioses. Nos iremos por allí.

Aquel ser soltó un sonido que recordaba levemente al de la risa.

- Mnae okka bui da tum boakke xu calko -dijo. Los soldados a su alrededor se rieron también, aunque los que estaban más cerca de Kyro no se movieron absolutamente nada; esperaban la oportunidad para atacar.

El líder intentó decir algo, pero Kyro le apretó la garganta con el brazo mientras apoyaba la espada un poco más fuerte; su prisionero hizo una mueca y se quedó quieto.

- ¡Quitadle las cadenas y dejarnos ir! Cuando estemos a salvo dejaré a vuestro líder.

El traductor hizo una seña y un guerrero se acercó; liberó a Balod pero se mantuvo junto a él con la espada en la mano.

- Ahora haced sitio. ¡Vamos!
- Dou makko hwen da yalatso.

Los guerreros se separaron hasta permitir que Kyro llevara al líder hasta el centro, donde seguía su compañero sin haberse movido desde que apareciera.

- Coge una antorcha y luego ponte a mi espalda -le dijo el viajero sin dejar de mirar alrededor. Balod así lo hizo.

Llegaron hasta la losa abierta. Balod dudó.

- Kyro, ¿estás seguro...
- Confía en mí -fue lo único que contestó.

Balod bajó el primero. Kyro, que seguía haciendo presa sobre el líder, no lo soltó hasta que hubo pasado más de medio cuerpo por la abertura; entonces, con tremenda rapidez, hizo un movimiento brusco sobre su cuello que le dejó inconsciente y desapareció bajo el suelo ante la vista de todos.

Bajaron por las escaleras de piedra lo más rápidamente que pudieron, pero fue una precaución innecesaria: sólo unos momentos después oyeron cerrarse la losa con un gran golpe.

El viajero lideraba el descenso con la antorcha en una mano y su espada en la otra. Tras él Balod le seguía sin separarse más que lo imprescindible para poder avanzar.

- Kyro... -dijo con voz nerviosa.
- Sí -el viajero no se detuvo.
- Sólo quería... Bueno... Gracias.

Su compañero se volvió fugazmente, y sonrió.

- No te preocupes. Ahora tenemos que salir de aquí -y siguió avanzando.
- Pero esos dioses de los que hablaban son los fantasmas, ¿no es así?
- Sí, supongo que sí.
- ¿Y cómo crees que vamos a...

No pudo seguir: Kyro arrojó la antorcha al suelo y la pisó hasta apagarla rápidamente. Más allá, siguiendo por el túnel que ahora recorrían, se veía luz blanca y se escuchaban los sonidos inconfundibles de los fantasmas.

Tras esto le hizo una seña a Balod ahora entre la penumbra, y avanzaron un poco para poder ver lo que les esperaba.

Había decenas de ellos. Algunos pequeños como un ser humano, otros tan grandes como el mayor que había salido del Paso de las Sombras. El túnel al que conducía el camino era tan ancho como cruzar un pueblo pequeño de parte a parte, y en el centro era alto como más de diez veces un hombre. Las criaturas seguían su camino hacia un lado o hacia abajo, y Kyro señaló a lo más profundo para indicarle a Balod que por allí debían continuar.

- Toma -le tendió su bolsa-, cúbrete con tu manta. Tenemos que seguir.
- ¿Hacia dónde vamos?

- Hay una salida en la falda de la montaña. Está obstruida por grandes rocas de algún corrimiento de tierras, pero creo que habrá algún pequeño espacio por el que podamos pasar.

Balod se detuvo un instante con los ojos muy abiertos.

- En la historia de Damdal se habla de un gran accidente, un desprendimiento en la montaña cuando los antiguos construían el principio del río que llevaría el agua hasta nuestra ciudad.

Kyro le miró un momento.

- Es posible que lo hicieran tus antepasados. El lugar está justo debajo de donde empieza el río en la montaña; seguramente esa grieta siempre había estado abierta y por allí salían los fantasmas que vosotros habíais visto antes alguna vez.

- Si el accidente sucedió de noche quizá algunos se quedaron fuera -Balod reflexionaba con preocupación-. Por eso ocuparon el Paso de las Sombras, y por eso tienen que buscar su comida en las montañas destrozando la vida de esa gente. Incluso han llegado hasta Damdal, y ya has visto lo que pueden hacer.

El hombre del desierto se mantuvo en silencio, pero su expresión mostraba que había llegado a una verdad difícil de asimilar.

- Ellos tienen razón. Mi pueblo ha hecho esto -dijo para sí.

- Tenemos que irnos -fue la única respuesta de Kyro.

Balod se movía por inercia, aunque parecía sumido en sus pensamientos. Seguía a su compañero cubierto cada uno con su manta, mientras sobre ellos flotaban aquí y allá los mágicos fantasmas pasándoles a veces muy cerca. El sonido de todas aquellas criaturas juntas era ensordecedor, así que avanzaron descendiendo sin hablar.

Poco después encontraron el lugar que buscaban: el túnel se ensanchaba aún más, y en un lado había rocas amontonadas en el suelo y sobre ellas lo que debía haber sido una grieta en la parte superior; ahora estaba, como Kyro había supuesto, tapada por más de aquellas enormes rocas que impedían a los que habían quedado fuera volver con los suyos. Los que estaban aquí debían escuchar la llamada de los otros, porque al igual que ellos también algunos se acercaban una y otra vez a la grieta como si estuvieran tratando de empujar las piedras.

- Ahí -señaló el joven.

- Ahora lo veo -contestó Balod-. ¿Cómo llegaremos hasta arriba?

No parecía haber forma de alcanzar la grieta. Sería necesario ir colgando del techo hasta llegar a ella, pero eso parecía imposible y más manteniéndose ocultos a los fantasmas. Kyro parecía analizar la situación.

- Me parece que sólo hay una manera.

Poco después llegaron hasta el lugar apropiado. Balod estaba literalmente temblando de miedo.

- De todas las locuras que jamás pensé que llegaría a hacer en la vida ésta es la peor.

Kyro no parecía escucharle; estaba concentrado al máximo.

- Ése. ¿Lo ves? Siempre hace lo mismo: flota bajo la grieta junto a aquel saliente, luego da la vuelta y pasa por debajo de donde estamos ahora, y entonces vuelve a empezar. Prepárate.
- Por el gran Varomm, no puedo hacerlo.
- Ahí viene. Salta... ¡ahora!

Ninguno de los dos tuvo siquiera oportunidad de pensar. Saltaron sobre el lomo del enorme fantasma, que siguió deslizándose por el aire sin siquiera percibir a los dos hombres. Kyro se sorprendió de lo muy caliente que era su piel elástica, y aunque estaba casi cegado por la luz pudo mirar atrás y ver a Balod con los ojos cerrados y los brazos y piernas separados tratando de sujetarse fuerte para no caer.

La sensación de volar con aquella fantástica criatura era algo que superaba todo lo que jamás Kyro hubiera podido concebir. Aunque toda su atención debía estar puesta en mantenerse con vida y escapar de allí, no pudo evitar sonreír por un brevísimo instante como respuesta a aquello tan increíble que sentía por dentro.

El fantasma se acercó de nuevo a la grieta, deteniéndose junto al saliente que era su objetivo. Sólo tenían unos momentos, así que el viajero se puso inmediatamente en pie haciendo equilibrios y se acercó a Balod sujetándole con fuerza para levantarlo. Éste parecía petrificado, pero finalmente reaccionó y ambos lograron saltar hacia la roca justo antes de que el fantasma comenzara su círculo de nuevo.

- Es... es... -Balod no lograba articular las palabras-. Yo... no...
- Tranquilo, amigo -le tranquilizó Kyro, apoyándole una mano en el hombro-. Ahora sólo hay que esperar a la mañana y la luz del exterior nos enseñará la salida.

Tras esto el joven apoyó la espalda en la roca y, mirando a la nada, respiró con fuerza sonriendo de nuevo.

Los dos soles comenzaban a calentar el aire cuando Kyro ayudaba a Balod a salir por entre el espacio que quedaba entre las enormes rocas.

- Gracias, ya está -le dijo el habitante del desierto cuando pudo acabar de subir por sí solo.
- Ya no nos buscarán -dijo el viajero mirando como siempre a su alrededor-. Era la única forma de que no acabaran cazándonos entre las montañas. Te llevaré de nuevo a Damdal y volveré para seguir mi camino.
- Kyro, tengo que hablarte.

El tono de su compañero hizo que el joven se volviera a mirarle.

- Tengo que volver a hablar con esa gente. No puedo regresar a Damdal y dejar las cosas así.

Kyro le miró con sorpresa, pero no dijo nada. Balod continuó.

- No puedo irme ahora. Mis antepasados les hicieron esto, y tenemos que asumir nuestra responsabilidad. Les pediré explicarme ante su líder, y les contaré lo que ha pasado y lo de esta grieta. Les ofreceré nuestra ayuda para abrir la entrada de nuevo o para excavar otra y devolver a sus dioses a la montaña; es la única manera de traer la paz a su pueblo y la vida al mío. Y si vuelvo con vida a Damdal, buscaré a mi padre y le cuidaré hasta que acabe sus días como el último guardián de la esfera. Éste es mi destino, Kyro.

El viajero le miró con gravedad por unos momentos.

- Balod, no puedo acompañarte; comprendo tus motivos pero seguramente morirás antes de que puedas siquiera hablar con el intérprete. No tengo miedo a que nos maten, soy un soldado y es parte de mi vida, pero tengo una misión que está por encima de mí. De todos nosotros. No puedo simplemente ponerme en sus manos y esperar que lo entiendan.

Balod asintió.

- Entonces aquí nos separamos, amigo.

Nadie dijo nada más. Se abrazaron, se miraron por última vez y el hombre del desierto se dio la vuelta y comenzó a andar hacia lo alto de la montaña.

Kyro observaba escondido a distancia. Vio la tremenda sorpresa de los soldados cuando Balod se les acercaba y tendía las manos en señal de rendición; y les siguió por el camino que recorrieron para llevarle a su líder. Sufrió cuando vio que le golpeaban y le maltrataban hasta que vino el intérprete. Su corazón latió con fuerza mientras Balod se explicaba, deseando con todas sus fuerzas que aquello saliera bien. Estuvo a punto de saltar a pelear cuando volvieron a pegarle con crueldad. Sintió ahora que el pulso se le paraba al llegar los exploradores que habían encontrado las rocas confirmando lo que decía el humano. Casi no pudo creerlo cuando, tras hablar durante mucho tiempo con sus consejeros y escuchar sus largas discusiones, el líder en persona se acercó a él y le ayudó a levantarse. Volvió a seguirles más tarde hasta la gran puerta de entrada a la bóveda de la montaña, y de nuevo escaló la pared para observar lo que ocurría dentro desde el respiradero. Se sintió profundamente impresionado cuando movieron las varas metálicas del suelo y uno de los tubos se movió para recoger el torrente de agua que caía por la roca y dirigirla de nuevo hacia Damdal. Se conmovió hasta notar sus ojos húmedos cuando, finalmente, el líder de los habitantes de la montaña le abrazó en señal de amistad.

*El momento de partir hacia la siguiente puerta sentí que era el momento en que realmente comenzaba mi viaje.*

Kyro salió de nuevo por el respiradero, y bajó agarrándose de nuevo a la roca por la pared de la montaña.

*Hasta entonces había avanzado por inercia, movido simplemente por el empuje de quienes me habían puesto en el camino o las circunstancias que me dirigían.*

Al dejar la pared y volver a pisar terreno llano se detuvo un momento; miró hacia el corazón de las montañas, respiró hondo y comenzó a caminar de nuevo.

*Pero a partir de ese instante, después de todo lo que acababa de vivir y mirando sólo hacia adelante, me sentí por primera vez preparado para dar el siguiente paso.*

Atravesó la zona montañosa, cruzando unas zonas de más vegetación y otras totalmente áridas.

*No sabía qué encontraría, ni siquiera sabía si sería capaz de sobrevivir a las pruebas que me esperaban,*

Llegó hasta dejar atrás las montañas y entrar en un bosque muy frondoso.

*pero si había sido capaz de superar la primera quizá tuviera una oportunidad en la siguiente.*

Avanzó por entre las extrañas plantas que hacían difícil abrirse paso, hasta llegar a un enorme árbol; el más grande que había visto jamás. Miró hacia arriba.

*No tenía realmente alternativa: sabía que el único sentido de mi vida estaba al final del viaje.*

Al alcanzar lo más alto del tronco Kyro encontró allí la siguiente esfera negra. Al acercarse a ésta su superficie se iluminó con aquel tono anaranjado.

*Seguir los pasos del primer viajero, dejando todo atrás por una misión.*

La puerta se abrió en la superficie de la esfera mientras Kyro se quitaba la ropa y dejaba sus cosas. Se dio cuenta de que junto a él había también restos de otras prendas, un medallón y una espada medio cubiertas por la vegetación.

*Vivir cada día sin pensar en el pasado, porque al cruzar cada puerta mi pasado dejaría de existir para siempre.*

Entró en la esfera. En su interior aparecieron, flotando ante él, las luces y el dibujo de la silueta humana con la luz en la nuca. "Biochip detectado y activo. Teletransporte autorizado. Código: SKANDAR. Comenzando transmisión".

*Vivir cada día sin pensar en el futuro, porque al cruzar cada puerta nunca sabría qué habría más allá.*

La luz de las paredes se intensificó.

*Mi viaje hacia lo desconocido había comenzado.*

La luz se hizo más y más brillante hasta inundar todo el espacio: Kyro desapareció.